

EL ARQUITECTO: Una visión Antropológica

Arquitecto RENE MARTINEZ L.

La visita a Chile del Antropólogo americano Edward Robbins ha dado ocasión para una nueva discusión sobre un viejo tema: el arquitecto en la conformación del espacio urbano y, fundamentalmente, el papel del arquitecto en la sociedad. De hecho, este último tema, el arquitecto y su relación con la cultura y la sociedad ha sido el campo de investigación que ha llevado a Robbins a desempeñar la cátedra de Teoría de la Arquitectura en el prestigioso Instituto Tecnológico de Massachussets.

En su breve visita a Santiago como invitado de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile, donde dictó algunas conferencias, se dió tiempo para recorrer Santiago y hacer algunas "ingenuas" y en gran medida desafiantes declaraciones. Ello motivó una invitación del Colegio de Arquitectos de Chile que se tradujo en una mesa redonda sobre el tema "Visión Crítica de la Ciudad".

Este tema, dicho sea de paso, fue sugerido al parecer por un titular en gran formato del diario "La Tercera" en el que Robbins aparece diciendo: "Providencia? . . . UNA IDIOTEZ! Al preguntar el periodista si los arquitectos deben tener libertad total para planear las ciudades, contestó con un rotundo: ¡NO! (pasemos por alto lo absurdo de la pregunta!) ¿Por qué no?

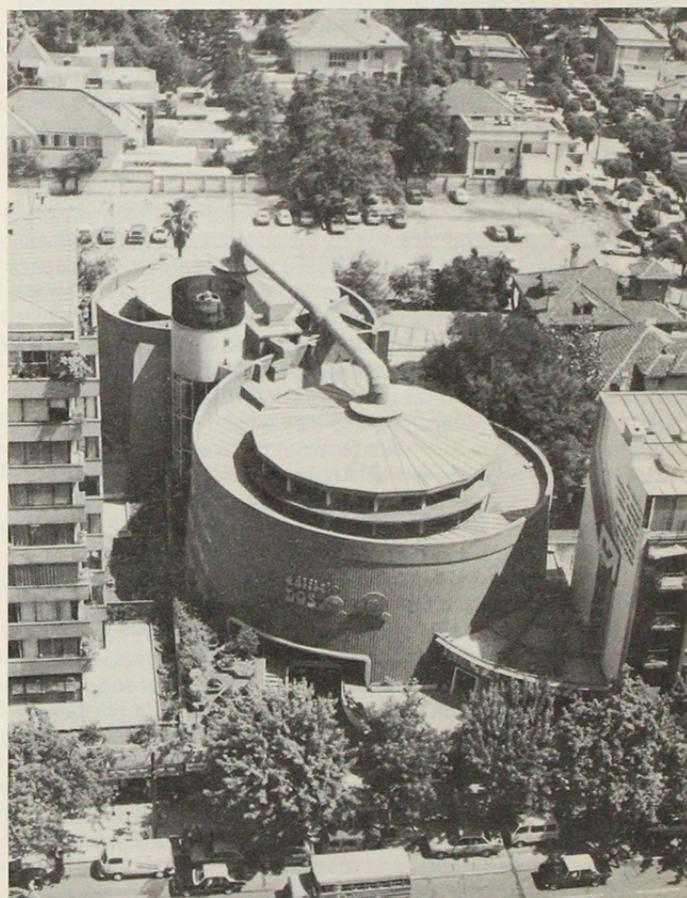
Porque la libertad total produce lugares como Providencia. Eso no es arquitectura, es sólo una tontería (just silly!).

Providencia expresa una condición de la arquitectura moderna en la que la forma es más importante que el contexto. Lo que hace falta es una relación de los edificios entre sí y con la calle. Esto se logrará cuando la arquitectura aparezca integrada a su contexto cultural.

Al arquitecto actual no le preocupa el entorno ni las necesidades de las personas que ocuparán el edificio. Le interesa la fachada. La crisis de la arquitectura reside en la falta de relación entre cliente y arquitecto y, principalmente en la falta de comprensión del arquitecto acerca de su propio papel en la construcción del entorno. El mejor arquitecto es el que acepta las limitantes del ejercicio de su profesión. (Hasta aquí la cita, más o menos textual).

En la Sede del Colegio se explayó sobre la arquitectura de Santiago: "Es muy parecida a la de los Estados Unidos. Aislada, individual, no se relaciona con el entorno. Es lo mismo que sucede en muchas otras ciudades y refleja la ausencia de un pensamiento sólido sobre la arquitectura, no solo a nivel local sino también internacional. Providencia podría estar en cualquier ciudad americana, en México o en el Perú. Los viejos barrios representan todavía lo que era la integración entre arquitectura, ciudad y cultura. Lo importante sería obtener de ellos, o de las viejas ciudades, esa "lógica" cultural con que fueron construidos. La nueva arquitectura al irrumpir en ellos solo consigue destruir valores y calidad ambiental".

El mismo juicio le merecen los nuevos barrios residenciales:



Robbins en una entrevista de prensa expresó: "Providencia? . . . una idiotez". Sostuvo que la libertad total (al proyectar) produce lugares como Providencia, donde la forma es más importante que el contexto. Falta una relación de los edificios entre sí y con la calle.

urbanorama

“Los suburbios de viviendas destruyen la comunidad, incentivan la alienación, la baja densidad es costosa y se traduce en subsidios ocultos a la clase más adinerada en términos de autopistas, metropolitanos, etc. . . .”

Termino comentando la curiosa repetición de modelos y de errores urbanos *“perpetrados”* en otros contextos culturales. *¿No existen valores propios en América Latina? ¿No hay bases para una arquitectura nacional?*

Estas reflexiones, hechas muy rápidamente, no más de quince a veinte minutos, fueron comentadas por Cristian Boza, Sergio González, René Martínez, Gustavo Munizaga e Ignacio Santa María bajo la coordinación de Ramón Méndez.

Lo que cada uno de ellos dijo supera los límites de este artículo. Si pudiera resumirse en pocas palabras diríamos que la crítica *“antropológica”* fue acogida sin reservas y que, por el contrario, coincidieron y ahondaron en el tema con mayor conocimiento de campo.

Aunque ninguno de ellos lo dijera explícitamente, las apreciaciones de Robbins sonaban demasiado a cosa conocida y fueron escuchadas en cierta actitud de *“esto ya lo he oído antes . . .”*

¿Significa esto que los planteamientos de Robbins no agregan nada nuevo a la comprensión que muchos tenemos de nuestra profesión, de sus limitaciones y de la crisis ideológica en que se debate la arquitectura de hoy? ¿Significa que la ciencia antropológica al escudriñar al arquitecto, *“rara avis”*, como prototipo, no ha avanzado más allá de ciertas verdades generales y de lugares ya comunes para la crítica arquitectónica? Mucho me temo que sí. Nada nuevo.

Es posible que el tema propuesto por el Colegio careciera de interés real ya que se limitaba a escuchar las apresuradas opiniones de un apresurado viajero sobre Santiago.

(Cuánto mejor hubiera sido, posiblemente, escucharlo sobre *“Teoría de la Arquitectura”*, tema sobre el cual jamás nos hemos puesto de acuerdo!).

En la exposición de Robbins aparecieron conceptos tales como: *“El Arquitecto es responsable de la construcción del entorno”*. FALSO!

El arquitecto no es responsable de la construcción del entorno. Es, escasamente un colaborador operativo. El entorno de las ciudades, el ámbito urbano mismo, su expansión y su transformación son el resultado de fuerzas económicas que actúan sobre el suelo urbano (y potencialmente urbano) para satisfacer sus propios fines.

Expansión, loteos, transformaciones, remodelación, cambio de uso, son fenómenos que ocurren porque constituyen *“negocio”* para alguien. Esto no significa que no sean lícitos, sino solamente que en ello no intervienen primariamente factores de índole social, comunitaria o estética. Su motivación es única y exclusivamente obtener provecho monetario.

El arquitecto, en el mejor de los casos, es un mandatario de esos grupos económicos y realiza, lo mejor que puede, lo que el cliente pide. Si tiene talento realizará, dentro de esas condiciones, un edificio notable; pero resulta evidente que no pone las condiciones. Pedirle además que se integre a un contexto urbano informe, muchas veces obsoleto, es probablemente restarle la única *“libertad”* que tiene el derecho de ejercer. Sin contar que esa *“integración”*, en la mayoría de los casos, serviría para reducir las expectativas pecunarias del promotor . . .

En otro tiempo, la arquitectura de la ciudad aparecía condicionada por una especie de patrón cultural —el estilo— que de alguna manera terminaba por entregar una sensación de unidad y armonía general. Pero también es cierto que *“en otra época”* el arquitecto trabajaba para una sociedad menos compleja y, en general, para un cliente personalizado.

Hoy día la demanda creciente y masificada, la complejidad estructural y funcional de la sociedad urbana, la aparición del promotor, las nuevas condiciones tecnológicas, enfrentan al arquitecto a la necesidad de diseñar para un usuario anónimo y despersonalizado.

No es lo mismo proyectar para un cliente con nombre y apellido, y para sus necesidades funcionales y estética específicas, que para una familia prototipo de x personas, en una población de N casas o en un edificio de N departamentos.

En estas condiciones se nos sindicaba de *“no acoger los datos que entregan las ciencias sociales”*. La contrarreplica es, naturalmente, ¿qué datos? ¿Existen acaso, aquí y ahora, estudios precisos, confiables, sobre las necesidades y las actitudes de las familias chilenas hacia su vivienda, su comunidad, su entorno?

Las *“ciencias sociales”* han resultado, desgraciadamente, poco operativas en nuestro medio y, ante la falta de datos, el arquitecto, como dice Robbins, se refugia en las fachadas. Su única posibilidad de realizarse profesionalmente en un entorno físico y social caótico y desorganizado, es proponer edificios cada vez más altos; más bizarros, más únicos . . .

Pero volvamos a Robbins: *“La arquitectura debe aparecer integrada a su contexto cultural”*.

¿No será que es precisamente nuestro contexto cultural el que aparece reflejado en el desorden de nuestras ciudades?

¿Cuántos son los que en nuestro medio cultural se dan realmente cuenta de la falta de unidad, integración y armonía de nuestro entorno construido?

¿No constituye Providencia una especie de desideratum de progreso?

Creo que muy pocos santiaguinos compartirían el *“Just silly”* de Robbins.

Lo grave es que tiene razón. Providencia es un caos visual, un caso patético de posibilidad desperdiciada y de desorden (y polución) visual; pero todo ello es la resultante de nuestra falta de cultura y de valores espaciales. Resulta demasiado obvio que debe existir una correspondencia entre los valores de una sociedad y la resultante espacial. Si esos valores referidos al

“la única posibilidad para el arquitecto de realizarse profesionalmente es un entorno físico y social caótico y desorganizado, es proponer edificios cada vez más altos, más bizarros, más únicos . . .”



entorno no existen sería absurdo pedirle a esa misma sociedad que se fije normas para conseguir objetivos estéticos ambientales. La posición de Robbins es que deben ser los arquitectos, motu proprio, los que deben establecer ese orden.

¿Pero de qué orden o de qué estética se trata? ¿De la estética de los arquitectos? ¿Tienen una estética los arquitectos? ¿No existen acaso cien corrientes ideológicas que van todavía desde el historicismo burdo hasta el igualmente burdo y desarraigado post-modernismo? ¿Se guían los arquitectos por principios o teorías comunes aplicables no sólo a la arquitectura sino también a la formación del entorno construido?

Y por último, ¿es compartida o siquiera comprendida "la estética de los arquitectos" para la masa de la sociedad?

En la situación actual, real y objetiva el arquitecto se limita a entregar a la ciudad su propia e individual posición ideológica y estética; que, en el mejor de los casos será acogida y compartida, "hecha suya", por algunos pequeños grupos culturales. ¡Deben ser muy escasos los que han llegado a entender el "beton brut". Para la mayoría se tratará siempre de edificios que no están estucados porque no alcanzó la plata!

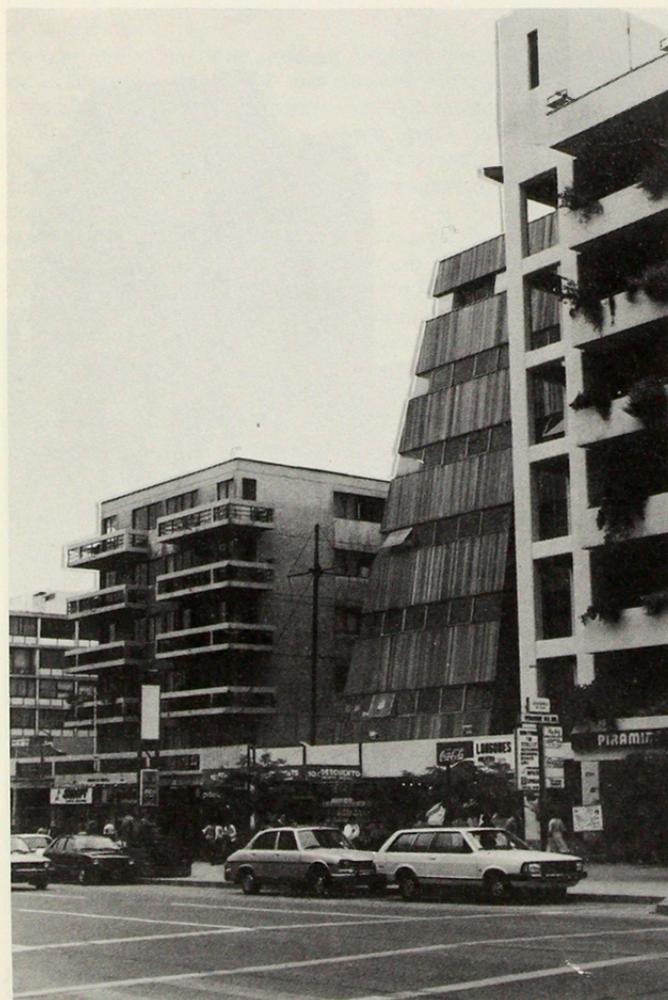
Criticar el individualismo de los arquitectos resulta fácil. Cada uno un "creador", cada uno un innovador formal . . .

Pero, ¿no será éste un rasgo cultural?

Si la cultura urbana, entendida como necesidad de un orden espacial, exige una especie de ambiente ideológico que permita subordinar lo individual a la creación de un espacio unitario e integrador, en que lo colectivo predomine sobre lo personal, resulta evidente que ella no existe entre nosotros.

Por el contrario, el individualismo más absoluto parece ser una constante psicológica del pueblo chileno. Tiene una necesidad imperiosa de identificar y de "aislar" su propio habitat.

"la arquitectura de Santiago es muy parecida a la de USA. Aislada individual, no se relaciona con el entorno. Providencia podría estar en cualquier ciudad . . ."



Todo arquitecto que haya construido alguna vez un conjunto de viviendas homogéneas, sabe por experiencia propia que, al cabo de unos meses los propietarios habrán realizado toda clase de transformaciones exteriores, incluso las más arbitrarias, a fin de dar individualidad y distinguir la propia. Si se construyó con ladrillo a la vista, alguno lo estucará. Si está estucada, alguno la pintará imitación ladrillo. Las casas pareadas o continuas se pintan de distintos colores. Si alguien encargó una reja vertical, el vecino la ordenará horizontal u oblicua.

En los bloques CORVI, muchos propietarios de pisos superiores sacan el brazo por la ventana y pintan alrededor de ella, hasta donde alcanza la brocha, para individualizar "su" propiedad. En fin, para que seguir . . . Santiago es un muestrario de la necesidad de autoafirmación de sus habitantes.

En estas condiciones, la heterogeneidad del medio aparece como una dominante cultural que, a pesar de algunos intentos aislados, de integración, representa la verdadera dimensión de nuestra actitud mental en relación a nuestro propio entorno.

Es posible que alguna vez haya existido la actitud contraria. Los viejos barrios del poniente de Santiago son una muestra de ello. Pero son, al mismo tiempo una muestra de una forma de vida urbana que ya desapareció. La calle continua, los patios interiores, la familia extensa y una sociedad tradicional más integrada son cosa del pasado. La marca distintiva de la sociedad de hoy es justamente la contraria: el suburbio jardín, la familia nuclear y una sociedad móvil que no ha tenido tiempo de echar raíces en un lugar y convertirse en "comunidad". En "El Shock del Futuro" Alvin Toffler nos muestra una sociedad que cambia continuamente de casa, de barrio, de trabajo, de ciudad y hasta de familia . . .

Nuestro caso no es todavía tan extremo; pero todo indica que vamos en esa dirección. Dolerse de la pérdida del sentido de comunidad o de la alienación producida por el suburbio puede ser válido si esos fueron valores que la propia sociedad, desde sí misma, quisiera rescatar. Lo que no debe perderse de vista es que esa "alienación" es una defensa contra el hacinamiento, la congestión, la alta densidad y la falta de privacidad en que debe necesariamente vivir el hombre de hoy.

Disuelta la familia extendida —de bisabuelos a biznietos— la nueva sociedad descansa en lo que podría llamarse las "afinidades electivas" y que no es otra cosa que la resultante de la alta especialización y de la compleja división social del trabajo del mundo de hoy. Esa afinidad lleva a buscar una nueva forma de comunidad basada en "intereses comunes", que trasciende los límites de la vieja casa o del viejo barrio. Más que una comunidad de lugar, una comunidad de acción y de pensamiento.

Al finalizar estas notas resulta curioso comprobar que el arquitecto surgido del análisis de Robbins constituye un arquetipo, una "especie" con características únicas, que se margina a sí mismo de los valores de la sociedad y responde únicamente a su propia posición formal. "No le interesa la gente ni el uso, le interesa sólo la fachada".

Esta sorprendente conclusión "científica" presupone la existencia de una sociedad con claros valores en relación a su entorno construido, con ideas precisas acerca de sus necesidades espaciales y estéticas y sobre todo con un concepto muy ajustado de lo que es "el bien común" y la preminencia del interés general sobre el particular. En "ésta" sociedad, el arquitecto sería al parecer el único que carece de comprensión acerca de su papel en la construcción del entorno.

¿No será mucho?

Comparto como ya lo dije la apreciación acerca de la falta de sensibilidad del arquitecto hacia el "paisaje urbano". Pero en vez de condenar trato de entender y mi respuesta es que el arquitecto —o el médico, el ingeniero o el antropólogo— son parte de una sociedad en crisis de valores que no tiene claro hacia dónde va ni de los medios que sería preciso utilizar para enmendar rumbos.

Solamente en el contexto de esta crisis puede entenderse la crisis de la arquitectura y la desorientada e individualista posición del arquitecto en el desorientado mundo de hoy.